

# TAFFY

Por **Cecilia Syme**

TAFFY era una perra de pastor cuyo propósito en la vida era pastorear ovejas. Esa había sido la ocupación de su madre. Los perros pastores saben cómo cuidar de las ovejas. Pero, por su color, Taffy no parecía un verdadero perro de pastor. Sus hermanos y hermanas de la misma camada, como también sus padres, eran de color negro y blanco. Pero el pelo de Taffy era de color dorado, parecido al de la miel derretida.

El hombre que la compró de cachorrita, no tenía ovejas. De modo que se propuso entrenarla para que cuidara de las vacas. Pero Taffy tenía sus propias ideas en cuanto a la forma de cuidar animales. Un perro de pastor ladra un poco para que las ovejas se pongan en movimiento;

luego corre delante de ellas para guiarlas. Pero ahora se esperaba que Taffy arreará las vacas corriendo detrás de ellas y mordiendo los talones. Pero ella se olvidaba de hacerlo y seguía su instinto. Corría adelante tratando de conducir las. Eso es peligroso, porque las vacas tienen cuernos y los usan para librarse de perros bullangueros y amenazantes.

Finalmente su dueño la dio a otro hombre. Este no tenía ni ovejas ni vacas. Su casa estaba rodeada por un hermoso parque cercado y Taffy se dedicó a ahuyentar a un ciervo que solía entrar en el parque. Para ello corría hacia él ladrando furiosamente, obligándolo así a saltar la cerca y alejarse.

Cierta día se puso a ladrar con tanta insistencia en un mismo lugar que su dueño salió para ver qué ocurría. Taffy había encontrado algo y lo estaba llevando a la casa. Con su hocico afilado empujó hacia el hombre un gatito blanco, flaco y sucio. El gatito estaba tan débil que apenas podía mantenerse de pie, pero Taffy siguió empujándolo suavemente hasta que ambos llegaron a la puerta.

Pocos días después el gato, limpio y bien alimentado, encontró en Taffy una buena compañera de juegos. Si Taffy se volvía muy ruda, el gatito se trepaba a un árbol y descansaba un momento.

Cierta día en que Taffy fue un poco brusca, el gato se trepó a un árbol que tenía una rama que colgaba casi hasta el suelo. Taffy se trepó también a esa rama en persecución del gatito. Este se trepó a una rama más alta y desde allí se inclinó y acarició con la zarpa el hocico de Taffy.

Y así siguieron jugando durante meses como buenos amigos. En eso se mudaron a la casa de al lado unos vecinos nuevos. Trajeron con ellos dos gatos que despertaron el interés de Taffy. De modo que ésta pasó al patio de al lado; pero no tardó mucho en regresar ladrando y agitando la cola.

Esos gatos diferían mucho del compañerito que ella tenía en su casa. Tenían ojos azules y voces diferentes. Escupían, bufaban y maullaban y luego corrían a esconderse debajo de un carro estacionado en el patio. Eso pareció confundir a Taffy.

La próxima vez cuando Taffy trató de mostrar su amistad, el gato de color castaño del vecino se subió a un árbol. Pensó que allí estaría a salvo, pero se sorprendió terriblemente cuando Taffy lo siguió. Se trepó entonces a una rama más alta. Taffy no siguió trepando pero continuó ladrando. Cuando el gato vio que Taffy no podría alcanzarlo, maulló y gritó como sólo saben hacerlo los gatos siameses. Su compañera corrió entonces a la casa tan excitada que la dueña salió para ver qué ocurría. Cuando vio a Taffy trepada al árbol, la señora se rió con todas las ganas. Taffy descendió del árbol y ofreció su amistad a su nueva vecina.

La gata regresó a la escena por entre los arbustos, y luego se trepó a la rama baja del árbol. Su dueña la acarició y la palmoteó como también a Taffy y les habló suavemente, tratando de amistarlas. Taffy se sentó muy feliz y tranquila y con su cola barría las piedrecitas que había al pie del árbol y las iba acomodando en dos montones. Pero el gato que estaba en la copa del árbol seguía manifestando su desagrado hacia Taffy. Eso mantenía muy nerviosa a su compañera. Finalmente ésta se tranquilizó y bajó la cola. De manera que su dueña dio por hecha la amistad. Pero de pronto la gata le saltó a la cara a Taffy mordiendo, arañando y maullando. Taffy aulló y echó a correr. El gato que estaba en la copa del



árbol descendió entonces y se unió a la bulla y la pelea. Y los dos persiguieron a la pobre Taffy hasta sacarla del patio. La vecina la llamó y trató de consolarla y mostrarle su amistad, pero Taffy se sintió tan contrariada que se fue derecho a la casa con la cola entre las patas.

Desde ese momento se quedó en su patio y jugó sólo con el gato que era su amigo. Cada vez que los otros dos gatos del vecino salían de la casa, Taffy se sentaba silenciosamente y los observaba. Parecía sentirse perpleja y preguntarse: "¿Por qué no querrán ser mis amigos?"